

A pesar de lo duro y áspero del suelo, Ingrid se arrodilló sobre la tierra. La seca capa superficial que el viento de la tarde levantaba le empolvó la piel húmeda. Se apartó el cabello de los ojos, dejándose rayas marrones en la mejilla, y apoyó las palmas de las manos en el suelo encarándose al campesino que estaba de pie frente a ella.

- No es buena para el cultivo –dijo-. Esto es... muy, muy antiguo.

El rostro del labriego permanecía tercamente inexpresivo. Se negaba a entender. Ingrid empezó a escarbar y pronto, entre las piedrecillas que le arañaban los dedos, halló algo. Alzando un cascajo de terracota, sonrió.

-¿Lo ve? Antigüedades. Bueno para los turistas. Bueno para ganar dinero.

El hombre se agachó y tomó aquel fragmento. Después de examinarlo, lo desechó sacudiendo la cabeza.

- Esto fue un palacio -le explicó Ingrid mientras recuperaba la pieza-. Un lugar en el que vivieron reyes. Los faraones.

- Gizeh -dijo él resueltamente, volviéndose al norte-. Reyes en Gizeh.

- Gizeh es donde murieron. Aquí es donde vivieron.

- Turistas en Gizeh. No aquí - insistió el campesino, mientras con un gesto de su mano morena abarcaba el terreno-. No aquí.

A cierta distancia, un asno permanecía en tranquila resignación, con una de sus patas levemente levantada. Al aproximársele el campesino, abrió un ojo de mirada afligida. El animal estaba uncido a un rústico arado de reja oxidada, que removió la tierra al retomar el asno su cansino andar bajo el bochorno.

Ingrid regresó al jeep.

- No me escucha –dijo-. Creo que eso pasa porque soy mujer.

- Sucede que él es un fellah -la corrigió Louis-. Llevan tres mil años haciendo lo mismo.

- Como tú, los fellahin sólo se impresionan con Gizeh.

Ingrid se comía una uña mientras observaba cómo el labriego trazaba un surco irregular en el suelo. "Cabronazo." Saltó del jeep y atravesó airadamente el yermo. El hombre ya había dado vuelta al arado para comenzar un nuevo surco cuando Ingrid se plantó frente a él.

- Maat, ¿entiende? Plantar aquí es muy mal maat. Su cosecha se echará a perder. ¿Tiene familia? Enfermarán. Malaria. Quizá mueran.

Él la miró por entre las orejas del asno y chasqueó la lengua para azuzarlo.

- Espere - le dijo Ingrid-, espere un poco. Yo podría conseguirle algún dinero.

Dinero, en vez de cultivar. ¿Cuánto dinero por todo este campo? ¿Cuánto por la cosecha de un año?

- Mucho dinero.

- ¿Cuánto? -insistió ella.

- Bastante para burro -y señaló al animal uncido-. Dos burro.

- Dos burros. Pues entonces, espere. ¿Entiende? No más por hoy. Mañana le traeré dinero para dos burros.

- Necesito volver a El Cairo -le dijo a Louis, que la esperaba en el jeep-. Le he prometido el valor de dos burros en piastras. En todo caso, ¿cuánto cuesta un burro?

- ¿Para qué te metes en esto? -observó Louis mientras ponía en marcha el jeep-. Te vas dentro de dos días.

- Espera -le retuvo Ingrid-, quiero ver si vuelve a empezar.

Aguardaron con el motor en marcha hasta que el labrador condujo el asno hacia una mata de hierbas altas, en la que se perdió tan pronto el animal se puso a pastar.

- Se fue a dormir.

- Está soñando con que dos asnos más le permitirán arar el campo tres veces más rápido -dijo Louis.

- Vamos a tener que cavar después del ocaso. Necesito encontrar algo esta noche.

- Vas a granjearte mala reputación con los fellahin.

- Ya me la he granjeado de sobra. Pero es que tengo un presentimiento con este sitio. Por lo menos podría marcarlo para futuros trabajos.

- Ya sé que el adobe no es mi especialidad -dijo Louis cubriendo con la mirada aquel trozo de terreno-, pero a mí me parece un campo cualquiera.

- Pórtate bien y finge que es importante. Supón que bajo el arado de ese campesino hay una pirámide invertida.

- Ya que te marchas -sonrió Louis, metiendo la primera-, seré indulgente contigo.

Siguieron el laberinto de senderos polvorientos que dividían los campos sembrados. El camino estaba flanqueado por hileras de papiro, el junco que durante siglos el pueblo egipcio usó como papel. Unos pocos retazos antiguos han sobrevivido: cartas de amor, poemas, listas, reliquias de vidas indocumentadas de hombres y mujeres casualmente adscritos al servicio de su faraón, también conocido por otros títulos: uno de ellos, "rey"; otro, "dios".

Ingrid pensó, y no por primera vez, que aquélla debió de ser para ellos una vida horrorosa. Sembrados y familias eran abandonados tan pronto como había que construir otro templo u otra tumba. Y siempre había algo en construcción. A veces pasaban décadas antes de que volvieran a casa, con la espalda doblada por el peso de piedras monumentales. Imaginó cómo el germen de la insurrección echaría raíces y se marchitaría rápidamente, ya que cualquier sentimiento como ése supondría una falta de fe: descreer del sistema del maat. Y si alguien perturbaba el equilibrio del maat, exponía su vida al peligro.

Alcanzaron la ruta pavimentada a El Cairo y poco a poco el jeep ganó velocidad, avanzando a trompicones con cada cambio de marcha. Ingrid se recogió el pelo bajo un pañuelo, para lo cual tuvo que perseguir y robar al viento los mechones del borde con una mano y sujetar el pañuelo con la otra. Por un momento, quedó cegada tratando de dominar su pelo, que, suelto, en

aquel país llamaba demasiado la atención.

- ¿Por qué decidiste estudiar unas ruinas que no se ven? -gritó Louis, cuyos cabellos eran un caos de rizos oscuros.

- Porque no hay ninguna verdad en los templos -gritó a su vez Ingrid-. Es propaganda. La historia de un rey tal como él quiso que fuera contada. Glorificada, alterada, editada. Nada que se parezca a lo que realmente sucedió. Yo quiero saber cómo vivió la gente, no sólo cómo escogió morir la élite.

Louis maldijo en francés cuando una moto se atravesó delante de ellos.

- El resto de la población dio de comer a esa élite, eso te lo aseguro.

- Incluso los reyes y las reinas de este país tuvieron que vivir, comer y hacer el amor en alguna parte. Está clarísimo que no fue en las pirámides o en los templos. Es una desgracia que decidieran construir sus palacios con el adobe más fértil de la zona.

- Eran provisionales -sugirió Louis-. La vida era provisional.